

Antonio Bórquez Solar

Bizarrias de Antaño

RICARDO Prieto Molina, el poeta amigo, muerto también en plena y fuerte virilidad, fué el que más elogiosamente me manifestó su aprobación por este artículo. Sus versos merecen figurar en una bella Antología que fuera hecha con ecuanimidad y gusto acendrado. Sus tercetos amorosos, que cultivó con especial predilección, son perfectos, impecables, voluptuosamente tristes. Pero, ¿no es acaso la voluptuosidad la más grande tristeza del amor? Lástima que el autor de tales tercetos se ausentara de esta tierra sin agavillarlas, que andan por ahí dispersas en *La Ley* y en las revistas de la época.

Era Prieto un hombre alto, bien musculado, de fuertes bíceps. Lo conocí cuando era militar, un apuesto capitán, de faz morena y mirada vivaz. Se retiró de la milicia y se dedicó al comercio. Murió rico, un poco corto de vista y desengañado de los versos. Una de las últimas veces que le encontré, hace años, me dijo: —Toda mi vida ha sido de amor: amo a las mujeres, la buena mesa, la plata y la poesía.— Y feliz él: lo que quiso lo obtuvo plenamente en la vida.

Hay que fijarse que en estos días al primer amago de un ataque adversario contra las nuevas orientaciones literarias, era yo el único que me apercibía a la defensa y paraba los golpes. No sólo iba a la prensa, sino endonde quiera que encontrase hostilidades de mis émulos y burlas de cenáculo, ahí estaba yo dando y recibiendo estocadas. Cuántas veces se caldearon los áni-

mos hasta el punto de riñas vulgares. Y en el fondo—¡Dios lo sabe que soy sincero!—era como lo he sido siempre, un pobre niño grande, humilde y quitado de arrogancias, perdonador de todo agravio y de toda iniquidad. Pero me fingí tan valiente, ataqué a mi vez de manera tan desafortunada, que por lo menos logré que se me tuviese alguna consideración. Por otra parte, de mis coloquios con González, salía siempre reconfortado, con nuevos empujes. Este poeta, más inofensivo que yo, tuvo la superior virtud de ingerirme cada vez no sé cuáles espíritus de acometividad y de arrojo, y que conservándolos todavía me han sido provechosísimos en el vivir cotidiano. Pero la procesión andaba por dentro: en lo íntimo de mi ser deploraba no tener la suerte de Diego Dublé Urrutia, por ejemplo, a quien todos aplaudían sus versos tan sencillos y tan del gusto corriente.

Por otro lado, nunca como entonces sufría las nostalgias del país natal, la tierra que parecía brotar del mismo mar y empinarse en colinas totalmente festoneadas de verde; el río ancho, de sosegado y apacible curso, por donde el ala de Favonio apenas si oprimía y rizaba el espejo cristalino; el mar dilatado, ondulante y rítmico, con sus espumas, con sus barcas, con sus veleros lejanos; el cielo intensamente azul vetado de vellones blanquecinos; la lluvia fina o torrencial e impetuosa; el viento huracanado y zumbante, todo, todo lo insular lo deseaba con pena y con fuerza mi espíritu atribulado y combatiente. Me hubiera trocado por uno cualquiera de aquellos isleños humildes y vigorosos, que a remo y vela inflada pasan la vida en el mar, sorteando peligros y desafiándolos en la intrincada red de islotes y canales de mi Archipiélago. Comparaba aquellas gentes sencillas y hospitalarias con estas otras presuntuosas, infatuadas, cañas huecas y vacías, con el corazón como de dura berroqueña, burladores despiadados de todo noble intento. Al meditar en las injusticias, en las iniquidades sociales, en la vida que se me presentaba aquí en toda su horrorosa desnudez, porque los hombres la habían hecho mala, me poseía el demonio de la rebeldía o caía, a las veces en largas horas de abatimiento, con

la mirada perdida en el vacío, sin hacer nada, como un enfermo.

Un día, no sé cuántas horas estaría sentado yo en un banco de la Alameda, en tal semejante crisis, ajeno a todo lo que me rodeaba,—oí una voz bien conocida:

—¿En qué piensa, mi amigo, que no me ha saludado al verme?

—¡Ah, don Eduardo, perdone Ud.; estaba tan abstraído!

Y don Eduardo de la Barra se sentó en el mismo escaño del paseo. Hablamos primero del diario en que yo escribía. Y al preguntarme por mis medios de vida y si ejercía el magisterio, le conté punto por punto mi aflictiva situación; cómo se habían vengado en mí los clericales de los Angeles, porque yo había batallado denodadamente en contra de Errázuriz; mis luchas por el granito de alpiste en Santiago hostil y malévolos. El viejo y buen poeta, acaso tan pobre como yo, se conolió de mí, me confortó con sus más dulces y cálidas palabras, y para distraerme de mis acerbos pesares me habló de las glorias del verso y de la poesía. El sólo lamentaba que teniendo yo tanto talento —así decía—no hiciera versos sencillos y estuviera escandalizando con mi manera gongorina. Ya iba yo a replicarle cuando acertó a pasar don Diego Barros Arana, a quien en su propia casa me había presentado don Valentín Letelier. Nos invitó a su paseo de la tarde, hasta la columna de los Escritores. Y fuimos. Formamos una verdadera cruz, con don Diego en el medio, él tan alto. Don Eduardo a la derecha; Yo a la izquierda.

Nuestro gran historiador, a quien yo quería y reverenciaba, me pareció siempre una escoba invertida; y su cara, la de un simio anciano con la barba abundante y canosa. Pido perdón por la comparación tan atrevida... Esa vez tenía los ojos muy irritados, y dijo que así estaban por haberse acostado muy tarde y leyendo documentos sobre la cuestión de límites con la Argentina. No recuerdo si todavía era Perito en el pleito internacional, o si ya el Presidente Errázuriz había cometido la ignominia de destituirlo; pero sí que recuerdo de la vehemencia con que estos dos grandes patricios, beneméritos de la Patria, don Diego Barros Arana y don Eduardo de la Barra, hablaron de

las pretensiones cuyanas. Esta vez don Diego, como muchas veces después en el 98 cuando iba a entrevistarlo en nombre de *La Ley*, decía que los derechos de Chile eran sagrados; y entonces se animaba, se enojaba y accionaba desafortadamente con el bastón, como si amenazase al enemigo que tuviese a su frente.

Don Diego Barros Arana me contó en esa ocasión que el primer trabajo histórico suyo había sido sobre mi provincia: «Historia de las campañas de Chiloé», y presentado a la Universidad Nacional en 1856. A la muerte del historiador y educador ilustre recordé esta obra, y en homenaje a la memoria del autor hice mi poesía, «Por la muerte de un grande hombre», leída en una velada del Ateneo de Santiago.

Otras tardes acompañé en su paseo acostumbrado a don Diego, con el corazón rebosante de justo orgullo, porque iba ya con el hombre superior. Él, con la intención evidente de que me fuera provechoso, me hablaba de la cuestión de límites y de política. Así podía escribir colaboraciones que se me pagaban en el diario, que se publicaban inmediatamente. No recuerdo que él tuviese que arrepentirse de haberme dicho alguna cosa, de quejarse de una mala interpretación de sus palabras. Posteriormente él mismo me hizo notar este hecho, y añadía:

—X no entiende nunca a derechas las cosas, aunque las apunte. Cada disparate que me atribuye me hace arder, me saca de mis casillas.

Hace mucho tiempo que X emprendió el viaje de ultratumba.

En «La Tribuna» de Valparaíso también yo colaboraba entonces. Pero como el Director de ese diario creyese que yo podía vivir de emparedados de rayos de luna en pétalos de rosa, no me pagó jamás mis colaboraciones. Y eso que prometió pagarme puntualmente. Me estuvo engañando dos meses. Dios lo haya perdonado.

Y qué de iniquidades semejantes he visto yo en las imprentas. En alguna, dos o tres redactores, opulentamente pagados y todos los demás explotados, robados, estrujados en el más valioso de los trabajos. He visto a un crítico de la ópera, joven inteligente y formal, ir sin camisa y con sólo pechera y cuello

bajo la levita, al estreno de Mefistófeles, hacer su artículo pasada la media noche y ganar siete pesos cincuenta centavos por columna y media, que se median con un cañamito antes del pago; y he visto al administrador con dos cocotas en el Cerro, muy alegre de champaña, derrochar el dinero, lo suficiente para haber pagado en aquel tiempo, seis meses en la casa de pensión.

No triunfan en el diarismo los más inteligentes sino casi siempre los más farsantes, inescrupulosos y audaces. Yo sé por qué artículo obtuvo Fulano un puesto en una legación. He sabido posteriormente que las emulaciones periodísticas son terribles y cómo dos redactores conjurados cierran el camino al talento que pretende un puesto entre ellos... Es admirable la vida del periodista que se ve solicitado de los grandes y de los minúsculos, que lo acarician y festejan como portavoz de su vanidad. Ninguno como el jefe de la gacetilla de un diario conoce mejor la flaqueza humana de los que van a mendigarle una línea, un anuncio, un bombito; y ninguno tan risible gacetillero como aquel que se infla y no sabe distinguir el mérito verdadero del vacío presuntuoso. Hay un noticiero despreciable y éste es aquel que sabiendo sólo por misericordia de Dios hilvanar unas cuantas frases banales de la ramplonería del oficio, trata despectivamente al que se hace aplaudir por sobresalientes y efectivas dotes de talento, efectivas dotes mentales. Y cuando aquel se calla de propósito, roído interiormente de la envidia, y no da la noticia del hecho brillante o del discurso elocuente, comete una doble estafa, para con el público que paga y para con el patrón que le paga, al gacetillero.

Hubo un tiempo en que como periodista militante escribí muchos elogios a los muertos. Alguien me reprochó tan plausible conducta. Ahora debo declarar que las virtudes de los que fueron deben ser loadas constantemente para infundir en los vivos no sólo el deseo de reforma y el anhelo de imitarlas, sino también el ansia de superarlas. Además tales elogios fúnebres suelen ser, y fueron siempre en mí, desinteresados y sinceros. Pero no hay que esperar que el varón virtuoso cierre sus pupilas a la luz y acalle su ritmo cordial para tributarle alabanzas.

no; porque si cerráis vuestros labios cuando el varón fuerte vive para llamarle grande, demostraréis ruindad de espíritu y que vuestro corazón está roído de la envidia ineficaz. Por todo, cuando yo no vi nada que loar en los vivos; loé a los muertos y no más de cuatro veces exalté los merecimientos del viviente virtuoso. Otras veces la alabanza fué en mí, para los demás, estímulo más que recompensa merecida.

* * *

Entre los colaboradores de «La Ley» no debo olvidar al poeta amigo Diego Dublé Urrutia, cáustico y mordaz *John the Ripper*. He aquí un muchacho que entró en la vida con pie derecho. Y ha tenido suerte bien merecida. Su libro de poesías «Veinte años» fué unánimemente aplaudido cuando apareció. Yo mismo tuve un reposorio para dejar la lanza desfacedora de agravios y tejer una guirnalda para el poeta. Y esto ocurría cuando hasta los más intónsos me aconsejaban que siguiese el ejemplo de Diego, que desdeñaba las modas de París; lo que habría sido motivo suficiente para que yo abominara de su libro. «Del Mar a la Montaña», su obra posterior, reafirma sus excelentes cualidades líricas.

Cuando Diego vivía, en aquel tiempo, en una pieza de la Universidad, segundo piso, a la izquierda, nos congregaba, un día de la semana, el Lunes, a algunos de sus amigos a tomar té con galletas. Entonces leíamos versos nuestros o ajenos, y murmurábamos un poquito del prójimo, no siempre. Aquí conocí a un joven entusiasta de la poesía, que no hacía versos, pero que demostraba buen juicio: Oscar Urzúa Jaramillo, que se ha dedicado después a la política y con éxito. En una ocasión, más por fuerza que de grado, alguien condujo al poeta González al té de Dublé Urrutia. Estuvo aquel silencioso, fumando sin cesar, no aceptó el té y manifestaba su extrañeza viéndonos remojar en el té las galletas. Media hora más y se levantó para irse, y no hubo medio de retenerlo. Al salir él

hubo que abrir puertas y ventanas para que saliera el humo de sus cigarros... ¡Ah! nos reímos con alegres carcajadas.

Ausente algunos años el poeta Dublé, en servicio de su país en el extranjero, algunos le han olvidado; otros, y esto es para mí admirable, le han negado; aunque vanamente. El poeta Dublé Urrutia, aun cuando no hiciera una poesía más, tiene bien cimentado su edificio lírico, a prueba sus muros de aguijón de avispa y de diente de roedor. Sin necesidad de apelar al juicio equitativo de la historia, hoy mismo podría rechazar sonriente la agresión, porque apenas si el soplo malevolente podrá formar un pliegue en el agua serena de su «Fontana Puras».

• • •

Y sucedió que conocí personalmente a Avelino Samorati, Evaristo Molina, Samorati, nombre famoso antaño, que escandalizó a las gentes timoratas y ortodoxas en la portada de un libro herético, «Los Papas a través de la Historia», cuyo verdadero autor ha venido a saberse ogaño. Cuando ya era director de «El Progresista» de Los Angeles, recibía con alguna frecuencia artículos de fondo firmados por Avelino Samorati, que con la mayor complacencia mía se publicaban.

Quedé admirado de este hombre desde que le vi la vez primera. Fornido, de contextura atlética, de ademán reposado, como de quien está seguro de sí mismo, de hermosa y renegrida barba fluvial, de mirada bondadosa y de palabra serena, me imaginé que podría, si lo quisiera, desjarretar un toro y dar muerte a un león. Afable, cariñoso desde el primer momento, encontré en él un verdadero amigo. Con un gran fervor por la Belleza, fué de los primeros en acogerme y estimularme. Con el gran poeta González, que fué quien me lo presentara, me llevó a su casa que, desde entonces, puedo decir con la más estricta verdad, fué la nuestra; porque al poeta y a mí siempre, de ahí adelante, se nos recibía con el mayor cariño del mundo, cuantas veces se nos ocurría ir. El poeta de «Rit-

mos», de suyo esquivo y huraño, tenía en grande estima a Molina y, por lo menos, iba una vez por semana a comer con él, porque sabía que hasta el gato de la casa y los pajaritos de la jaula lo querían sinceramente.—«Tiene un corazón de oro y es un niño grande»—decía el poeta González por Evaristo Molina. Y de seguro se habría quedado maravillado si por don profético hubiese penetrado en el porvenir y hubiera visto que en el escritorio de nuestro común amigo se encuentra hoy el busto del desdichado autor de «Ritmos», de un notable parecido, y modelado por la misma mano de Molina, que así se ha revelado con talento de escultor. Pero si el poeta nos mira de la otra vida, él verá el proyecto de mausoleo, hermosísimo, bronce y mármol, que le ha hecho el mismo Molina y que espera que algún día pueda realizarlo en el Panteón...

• • •

Conocí también por aquel tiempo a mi amigo Miguel Luis Rocuant. Declaro con la más íntima satisfacción que él fué el primero y único reverenciador de Verlaine y del *modernismo* que encontré en Santiago. Sólo para él y para mí, Rubén Darío era el gran poeta de lengua castellana. Pueden imaginarse hoy los que me lean el regocijo y el entusiasmo que se despertaron en mí, entonces, por haber conocido un espíritu que vibraba a la par del mío, que reconocía la necesidad de remozar la lírica, en consonancia con el vivir moderno. Su conocimiento perfecto del francés literario le ponía en aptitud de tratar familiarmente a Rollinat y Richepin, a Moréas y Mallarmé, a Huysmans y Baudelaire etc. etc.; El no publicaba todavía; pero se nutría del lirismo francés y de filosofías alemanas. Yo conocí en él, desde el primer instante, el vigoroso poeta que tendría que ser Rocuant. En cambio, él me confortaba en mis desfallecimientos, me aplaudía mis pequeños éxitos y cada vez que le llegaba de París un libro nuevo, me lo daba a leer. En esos días de la alegre juventud también íbamos a cortar

rosas rojas para ofrendar en las aras de Afrodita, y mientras la diosa para mí era esquivada, para él siempre fué propicia.

El puede atestiguar hoy cómo yo fui el primero en Chile en proclamar la libertad en el arte, ni clásico ni romántico, independiente, personal y moderno. El fué testigo de mis campañas. El puede decir cómo yo respondía desde el diario y la revista a los que me motejaban de *decadente*; los bríos que gastaba y las audacias que yo tenía. Miguel Luis Rocuant fué como yo una alondra en aquel amanecer.

1898.—En este año vi bien el espectáculo desolante de la maldad y de la injusticia sociales. Antes sólo de oídas sabía del sufrimiento de los pobres, de las explotaciones del capital, de las desigualdades irritantes que engendran la sed de venganza, las protestas airadas, las huelgas y la prédica anárquica. Tuve noticias ciertas de la maldad de los hombres que juzgaba imaculados. Hasta mí llegaban los ecos de las orgías en que se revolcaban pretensos estadistas sin decoro; asistí al triunfo de los ignorantes audaces, al enriquecimiento rápido, en los altos puestos públicos que habían asaltado, de abogadillos ante permanentemente sin clientela, y me asombré en la feria de peculados, con los contratistas fiscales escandalosos, con las prevaricaciones sonadas y con la desvergüenza de los concusionarios. Asistí a la bancarrota de todas las virtudes públicas y privadas.

Qué santa indignación sentí entonces contra los opresores y lágrimas derramé delante de las víctimas. Yo también sufría en carne viva la pobreza y desamparo; sentía la garra que me estrujaba, la ávida boca que succionaba sangre de mi cerebro... Cuántas veces soñé, en mis desesperaciones, con la revolución que castigara a los malvados, en la hora de la redención y de la libertad de los oprimidos. Comulgué con todos los ideales socialistas pero sin querer ser nunca un igualitario. Mi aristocratismo mental se irrita con la incultura del pueblo tanto o más que con la vista de un cerdo de oro o un rico reproductor del Devonshire. Sin embargo, Tolstoy me encendía apaciblemente,

Ferri me fortificaba y el príncipe Kropotkine me mostraba el camino, la verdad y otra vida. Mis escritos comenzaron desde luego a reflejar la evolución de mi espíritu hacia los ideales del más puro cristianismo; y desde esos días, por debajo de todos mis versos, como el puro hilo de agua subterránea corre en su lecho pétreo, palpita y vive un cristalino misticismo artístico, mío personalmente en mí. La unción mística de todas mis obras literarias nace de mi amor a los pobres y a los oprimidos, de la visión desconsoladora de sus sufrimientos y lacerias. No ha habido pues influencia de escritor o poeta alguno en tal sentido cristiano y artístico.

Cabrera Guerra, el prologuista de mi obra primigenia, se equivocaba, pues, grandemente cuando aseveraba con tono dogmático que el argentino Lugones había influido en mi poesía humanitaria. No ha faltado después un tonto para que haya tenido eco esta falsedad; desde aquel entonces no ha faltado un pato del aguachirle nacional que, envidiándome, la haya repetido en son de escarnio. Este último castañeteo no me ha molestado en lo menor. Aquí puedo decir solamente, con todo rigor de verdad, que jamás he imitado a otro poeta y que la única influencia que ha habido en mí ha sido la de Rubén Darío; pero nada más que en mis mocedades líricas. Tan cierto es ésto que yo desafío al más desalentado de mis émulos o al más ruin de los envidiosos, a hacer una expurgación en todos mis versos que he publicado, y a que muestre que he volado en ajeno Pegaso.

De modo, pues, que desde este año 1898 datan mis trabajos en pro de los menesterosos y contra las injusticias sociales. Visité fábricas, talleres, suburbios, cárceles, hospitales, todos los lugares de horror, dolor y muerte, y en vez de sentirme anonadado ante el convencimiento de mi impotencia y de la inutilidad de mis clamores, pedí justicia en prosa y verso, en la prensa y en los comicios públicos. Soñaba con hacerme oír, quise—¡oh locura!—ser como un profeta y alcanzar así la inmortalidad de la fama. El amor a las clases obreras y proletarias tuvo entonces en *La Ley* una voz constante, la voz de una campana do-

lorida, ora tocando piedad, ora tocando rebato. Y esa voz era la mía, que se quejaba por las propias y ajenas angustias, y clamaba en el desierto.

Mi prosa se modifica en un sentido notable: es ágil, nerviosa, satírica y mordaz en artículos de temas políticos; casi bíblica en otros de tendencias sociales y trascendentales. En estos últimos el lirismo ponía una suavidad piadosa o un cambiante de moaré a la amargura de mis frases revolucionarias y dolorosas. Viento de tempestad y de indignación sopla por ahí, y también de castigo y de venganza. Hoy, al recorrer mis centenares de apóstrofes y clamores me conmuevo y me admiro de mí mismo, y me extraño de no haber muerto en aquel tiempo apedreado como San Esteban, vaya por caso. Adquirí cierto prestigio en la camaradería periodística, entonces; pero no lograba derrumbar del todo la muralla maciza que oponían a mi manera lírica mis compañeros. Aplaudí a Dublé Urrutia y a otro, y no encontré correspondencia en ningún ánimo gentil o caballeresco. —Escribe muy bien en prosa—decía de mí un tonto grave—pero en verso no se le entiende.—De propósito hice artículos de un crudo naturalismo; de los cuales hoy no me arrepiento. No fui jamás hipócrita; aunque conocí después a muchos que mientras predicaban la moralidad y el decoro, en la plaza pública, vivían sumergidos en la crápula y el vicio.

Una profesión de fe lírica hacía yo cada vez más acentuada en cuanto yo escribía. En una alabanza a uno de mis amigos estampaba, así al desgaire y contestando por adelantado observaciones futuras: «Y qué! El poeta no puede limitarse única y exclusivamente a cantar las bellezas ubérrimas de la naturaleza; tiene que predicar la justicia sobre la tierra, la reivindicación de los derechos de los pobres y de los buenos, la liberación de los oprimidos; porque él es un sacerdote de paz y de justicia, el sembrador evangélico de la buena simiente que dará sus sacrosantos frutos de bendición en tiempos no lejanos, sin que sea menester para ello que sea regada con la sangre en el exterminio de las bombas, ni alumbrada por la maldita luz de las antorchas que tienen una lengua de incendio...» Quiero ci-

lar tan solo lo anterior para que se vea como ya en los campos de mi reino interior se está preparando la que ha de ser después la humanitaria y misericordiosa, «La Floresta de los leones».

Al mismo tiempo defendía yo la Enseñanza del Estado, que entonces estaba amenazada de muerte. La Universidad Nacional, el Consejo de Instrucción Pública, los liceos, las escuelas normales, el profesorado, tuvieron en mí su más abnegado defensor. Los Ministros complacientes con la reacción fueron vigorosamente impugnados por mí. Y no hago aquí caudal de todo ello en espera de recompensa, sino únicamente para que quede constancia de que he sido, en medio de todas las contrariedades de la vida, un factor, aunque humilde, nunca de mínima cuantía, en el mantenimiento y en la evolución de la cultura liberal de la República, precisamente cuando la reacción pedía, y estuvo a pique de conseguirlo, la supresión de los liceos y su remplazo por las lidias de toros, como afirmaba el ilustre sociólogo don Valentín Letelier. Hubo un Ministro de Instrucción Pública, liberal, que quería junto a cada escuela una iglesia. Hoy yo pediría lo mismo. Pero desde aquel tiempo se aumentó el presupuesto del culto, para la fábrica de templos.

La recompensa por tal defensa de la cultura la recibía yo abundantemente en centenares de cartas y telegramas de aprobación y felicitación. Qué más? Quedaba contento y ya no me importaban un ardite los ataques, muchas veces groseros, de la baja prensa reaccionaria... Y, con todo, hay de estos días versos sentidos y tristes, fiel reflejo de mis angustias, no publicado en ninguno de mis libros anteriores. Son de entonces:

INSULARES

—Hijo mío... ¡Pobre niño!
Vas a marchar de mi lado.
Guarda tu alma como armiño,
como armiño immaculado.

El alma es un ángel. Sus galas
enloda una falta leve.
Mira: son blancas sus alas
como la espuma y la nieve.

Lleva la virtud por norma,
la dignidad por ejemplo.
Es la virtud quien transforma
la conciencia en santo templo.

Siempre altivo, siempre honrado;
no des incienso a los hombres;
humilde, mas no menguado;
si te burlan no te asombres.

Cruza el mundo a la ventura.
Dios alumbre tu sendero...
Si ha de ser tu vida impura,
yo cadáver te prefiero.

• • •

Juro por Dios que me ha visto
cruzar el desierto yermo,
y con mi cruz como Cristo,
débil, exangüe y enfermo,
que he seguido los consejos
de mi santa madrecita
que he dejado allá tan lejos,
allá en la Isla bendita...

Y mientras triunfa el protervo
solo yo no fuerzo el rumbo.
¡Siempre altivo, nunca siervo!
¡Bien! ¡Dios mío! ¡Ya sucumbo!

Frente a esta sencillez sentimental, publicaba otros, como «Las Neblinas en Marcha», que están en «Campo Lírico», y que provocaban el ridículo de mis mismos compañeros de «La Ley». Después, el vuelo desplegado, no he oído, debajo de la esplendidez del sol, la vacua vocería graznadora.

¿Que ésto es inmodestia?... Es esta verdadera modestia una cualidad soberbia de la cual están dotados los espíritus superiores en su fortaleza de seres superiores, o no vulgares. Figurémonos una especie de dalmática transparente que a manera de gasa sirve para suavizar, no para ocultar, el resplandor majestuoso de la pedrería de una clámide de rey o de caudillo, de guerrero o de cruzado, coraza o defensa, para que la pedrería refulgente no irrite ni ciegue la mirada del que va al lado tuyo, a la siga tuya. En un momento dado puedes quitarte la gasa para que la pedrería dé su puro resplandor, y verás cómo las pupilas mediocres irritadas te exigirán con fieros modos, por el dolor de la envidia, que vuelvas a ponerte, no gasa, sino una caparazón de curtiduría o de alcornoque, y te gritarán que no debes lucir así no más, sin que ellos consientan, el inocente resplandor. Y mira, en seguida, lo que hacen ellos, los que no tienen ni una perla que mostrar: aparentan encenderse e inflamarse en fuegos fatuos; y en la misma mezquindad del pantano en que nacen las luces pestilentes, se encogen, se amenguan y aparentan un pudor desvergonzado en su flaqueza, y encogiéndose y estirándose dicen a la joya soberana que fué pulida, abriantada por los dioses en el corazón del planeta:— ¡Tú debes imitarme; no debes tener la insolencia de tu brillo, del sol delante, sino esperar la noche, la desolada noche sin estrellas! Mientras estés aquí abajo procura que aunque seas estrella, no seas el diamante que está arriba.—Es realmente una desgracia el brillo de la estrella.

No hay, pues, que confundir la excelsitud del don orgulloso con un caparazón de tortuga. Esta es la modestia de los más; la caparazón que oculta una ruindad o un arrastramiento. Puede ser la triple cualidad de los patos que son de los tres elementos, tierra, agua y aire, y en los tres son miserables, misérri-

mos. Tengamos la seguridad de que las aves domésticas y raseras declararían que el águila o el cóndor son demasiado insolentes en su inmodestia de atreverse a volar tan cerca del sol: debían ser iguales a ellas, las modestísimas aves de corral. ¡Qué despreciable es el grito ansarino:

—El cóndor es soberbio. ¡Odiémosle! ¡El cóndor debe tener la modestia, la admirable modestia del anadón!